

Viejas postales descoloridas

SOBRE EL TEATRO PAYRET.

Por Federico Villoch.

**L**ARGO y complicado, y nada fácil, sería escribir, aunque no fuera nada más que de un modo sucinto, la historia del teatro Payret, que, según vox pópuli, ha pasado a manos de una famosa compañía constructora de esta ciudad, y será derribado de un momento a otro para levantar, se dice—Se dice que... como diría nuestro estimado compañero Ferrer de Couto, en su leída sección del periódico «¡Alerta!»—el rasca-cielo más imponente e importante de San Cristóbal de La Habana.

«Teatro de la Paz», en conmemoración de la del 78, poco más o menos la fecha de su inauguración; pero el pueblo, que es el que al cabo bautiza las cosas y les da su verdadero nombre, terminó por llamarle con el de su fundador, don Joaquín Payret, quien, como catalán cabeza dura y corazón rebosante de amor artístico, no tenía otro empeño que hacerlo rivalizar con el gran Teatro de Tación, lo que le obligó a salirse de sus primeros presupuestos y entra ren gastos excesivos, que le fué imposible cubrir posteriormente; aunque se asegura que no fué él el de la idea, sino sus paisanos, empeñados por aquella época en el mejor deseo de que su colonia brillase y sobresaliese por encima de todas, intención muy plausible y elogiabile, después de todo.

Payret se inauguró con una magnífica compañía de ópera en que figuraban las famosas tiples, señoras Volpini y Bianca di Fiori, esposa ésta del aplaudido tenor Antón, padres ambos, del señor Antón, persona muy apreciada en nuestros círculos mercantiles y sociales, y actual presidente de nuestra Lonja de Víveres; y los aplaudidos tenores, señores Abruñedo y Aramburo, entonces de gran cartel en los teatros americanos y europeos. La obra escogida para el estreno fué la ópera de Donizetti, «La Favorita»; noches después se cantó «Un Ballo in Maschera».

Se ha sostenido que el Teatro Payret tenía una historia siniestra, y se han citado sucesos verdaderamente aciagos que en él han tenido lugar: el desafío de Soler y Palacios, muerto éste de una estocada en el cuello; la muerte de una criada de la familia Saaverio, que descendió en un descuido por el hueco de un ascensor; el derrumbe, después de unos fuertes aguaceros, de parte de la azotea fronteriza del teatro, ocurrido el primer domingo del mes de agosto de 1882, en que pereció el arquitecto, señor Sagastizábal, que había dirigido la fabricación del edificio, y que vivía en uno

de los entresuelos; y en el que también estuvo a punto de perder la vida el conocido periodista de aquellos tiempos y autor de la popular obra «Los hijos de La Habana», que se ponía en el teatro Torrecilla, también inquilino de otro entresuelo, Fernando Costa; y aun la propia historia de su fundador, don Joaquín Payret.

Al hablar del derrumbe del teatro recordamos, y a no pocos de nuestros lectores les pasará lo mismo, cómo, recostados de espaldas contra la cerca de madera, del frente, de la Estación de Villanueva, contemplábamos, llenos de infantil admiración, aquel bombero del «Comercio» que, amarrado de una sencilla cuerda, picoteaba con un hacha de gran tamaño sobre el muro en el chafalón de la azotea, para darle salida a la gran cantidad de agua que aún quedaba estancada en ella: para los fines de entonces no había héroes que superasen en gloria y fama a los valientes «Bomberos del Comercio».

La noticia del derrumbe, transmitida de boca en boca, porque entonces ni se soñaba en el radio, ni se habían popularizado aún los teléfonos, llenó de terror a La Habana, por que cada cual la adornaba y exageraba a su gusto, haciendo que dos terceras partes de la población acudiese en oleadas cada vez mayores a contemplar la catástrofe. La Habana provinciana de entonces halló tema para dos o tres meses de conversaciones y comentarios. Se contaba que Payret y el ingeniero Sagastizábal, que pereció en el derrumbe, estaban profundamente enemistados por cuestiones de intereses; y que don Joaquín le dió gracias a Dios por haberle cobrado a aquél los disgustos que le había hecho sufrir; pero al poco tiempo del suceso, el Supremo Juez, que nos mide a todos con la misma vara, también le hizo experimentar al rencoroso propietario serios quebrantos. Un detalle muy curioso: frente al costado derecho del teatro se levantaba, en el Parque Central, por aquella época, un hermoso eucaliptus, que había sido sembrado por el propio Sagastizábal: después de la muerte de éste en el derrumbe, el árbol empezó a languidecer, hasta que acabó por secarse y morir, siendo arrancado de allí y conducido al basurero de Tallapiedra, entre los naturales comentarios del público.

Después del derrumbe, el teatro permaneció clausurado algún tiempo, hasta que restaurado convenientemente, pasó a poder de su nuevo dueño, el doctor Saaverio, creemos que allá por el 1885, 86.

Para el postalista fué siempre el Teatro Payret el de la buena suerte; y siempre lo miró con honda simpatía, experimentando siempre por él el más profundo y sincero agradecimiento. Guardamos de «Payret» uno de esos recuerdos de infancia que no se apartan nunca de la memoria, y que forman, por decirlo así, época en nuestra vida: el de las noches en que allá por el año 1879, fiñes de pantaloncitos cortos y cuello a la marinera, íbamos a regocijarnos con la entretenida e interesantísima obra de Ramos Carrión y el maestro Caballero, «Los sobrinos del Capitán Grant», puesta en escena por Burón, que hacía el olvidadizo Doctor M. rabel, y Alejandro Castro, el Sargento Mochila; y pintada por los magníficos escenógrafos Arias y Ruiz; y después, el de las primeras óperas que oímos, cantadas por el inolvidable tenor aragonés Antonio Aramburo, «La Favorita», «Aida», «Un Ballo in Maschera»: de Payret nos vinieron los «primeros síntomas de autor dramático», y llegamos, inspirados por la ópera de Meyerbeer, «La Africana», a escribir las primeras líneas de un libreto para ópera titulado «Hatuey», que no pasó, como es de suponerse, de la primera hoja, y fué bastante. Recordamos, de igual época, las obras de magia de la compañía española de Berny, «La Redoma Encantada», «La Paloma Azul» y, sobre todo, «La Fata de Cabra», en que nos torcía de risa don Simplicio Bobadilla Cabeza de Vaca, etcétera.

Como escribimos a la carrera y de memoria, omitimos fechas y detalles de menor importancia, que harían enojosa y larga la vieja postal descolorida que ofrecemos hoy al benévolo y desocupado lector. Si es cierto, como se dice, que este caserón color ocre, de estilo arquitectónico incierto, caprichoso, sin gusto, ni arte, desperdiciando grandes espacios de terreno sin motivo, va a desaparecer de un momento a otro, su ausencia, a los que estaban habituados a verlo durante más de sesenta años, ha de causarles un vacío desagradable; les sumirá el espíritu en una confusión dolorosa, molesta, como la del que, recibiendo inesperadamente un fuerte golpe en la cabeza, pierde el tino y ve borrarse, sin darse cuenta, la ruta por donde caminaba; y no se arguya que lo mismo sucedería con otro gran edificio de los muchos con que cuenta de antiguo la ciudad, por que aquí se trata de uno al que La Habana entera estuvo ligada y acostumbrada a ir durante más de medio siglo, en pos de entretenimientos y de supremos goces artísticos, que acabaron por hacerseles necesarios, formando parte de su vida íntima. Más claro: ¿qué se nos importa la desaparición y transformación de tal cual gran edificio, que fué un almacén célebre, una secretaría, un cuartel—el de Dragones—una oficina del Gobierno? Pero Payret, no: el Teatro Payret es cada uno de los habaneros; y cuando desaparezca, se habrá llevado entre sus escombros y restos, mucho de cada uno de nosotros...

Como escribe Beaumarchais en una de sus interesantes Cartas: «Cuando todo se

ha saboreado, la vida está en los recuerdos.

Recordamos al doctor Saaverio con los desplantes, chistes y salidas de su pintoresco carácter—era un madrileño de pura cepa, un «gato»—uno de los pintorescos detalles de la antigua Habana colonial era el «tlibury» del doctor Saaverio, en que se le veía circular por las calles, cuando era médico director de la Sección de Higiene, del Gobierno Civil, y vivía y tenía sus consultas como médico homeópata en la casona de Aguiar, esquina a Obrapia, frente a la casa de don Manuel Calvo. Durante su periodo de alcalde se llevó a efecto la primera pavimentación de entarugados de madera que se conoció en La Habana, al costado derecho, por la calle de San José.

A su recuerdo se unen los de su yerno, Fémberton, el del hijo de éste, el simpático Charles, el de Cuca, la mamá, tan jovial y atrayente; las fructíferas y brillantes temporadas de nuestra compañía de Alhambra, organizadas por Ramiro de la Presa y Rodríguez Arango; nuestras relaciones, siempre tan cordiales, con Julián de Ayala, uno de los conductores del

edificio, y casado con María Julia Saaverio, fallecida en París, y nuestro viejo compañero en nuestros comienzos periodísticos, en la redacción del periódico La Iberia, de su tío Andrés de la Cruz Prieto y Pichardo, concejal de grandes iniciativas de nuestro Ayuntamiento.

También guardan un lugar en nuestros antiguos afectos los hermanos Méndez Feñate, Roberto y Rodolfo, administradores tan comprensibles como afectuosos, y el experto contador César Anaya, hoy pagador del Ministerio de Justicia; el antiguo conserje «Pancho», tan fiel a la familia Saaverio, y José Inés, el experto tramoyista, para el que nunca había problemas. Payret puede decirse que era cosa propia de la empresa López y Villoch, una «fillal» del teatro de Consulado y Virtudes: allí las noches inolvidables, de oro y aplausos, de «Aliados y Alemanes», de «El Patria en España», de «El Viaje del Patria», cuya decoración de Pepe Gómez representando en escena un barco corpóreo, estuvo a pique de naufragar, cayendo al foso con motivo de varios tablones del piso del escenario que cedieron al ser colocada aquella en su sitio, la misma noche del estreno; «Los Dardanelos», «El Delirio de Automóvil», «La Reina del Carnaval»—la primera, Ramo-

na García—; «La Danza de los Millores», «La Isla de las Cotorras», a dos cuenta y tres pesos luneta, y llenos y más llenos en noches interminables: dieciocho mil pesos rindió a la empresa López y Villoch, de utilidad líquida, «La Isla de las Cotorras», en menos de dos meses, constituyendo un record de taquilla que hizo eco en los anales de los teatros habaneros.

¿Quién no recuerda los llenos fabulosos del «Conde Koma»?—«Koma, el mejor tenor del mundo»—decía Saaverio. El debut de la compañía de revistas de «Quinito Valverde—la Cipri, Ruiz París, el caballo Voltaire—; el brillante estreno de «La Viuda Alegre», con la inolvidable y simpatiquísima Esperanza Iris; las grandes temporadas de ópera de Alfredo Mi-

UBA LIBRE

... de las milicias, cons...  
 ... carácter político par...  
 ... no importa cual...  
 ... que coincidían en la...  
 ... un poderoso vehicul...  
 ... lidades tangibles los...  
 ... n ininterrumpidamen...  
 ... de nuestras luchas...  
 ... y la razón de esta...  
 ... cumplimiento por...  
 ... on le concede e impo...  
 ... es de la cultura, no...  
 ... se refiere a su or...  
 ... teatra vigente Cart...  
 ... a inspirada en un...  
 ... lo a formar en la co...  
 ... atuciones demora...  
 ... económica y técnica...  
 ... atención preferen...  
 ... ics abstenionista...  
 ... r todos nuestros...  
 ... profesores cubanos...  
 ... tos de autores cuba...  
 ... afianzamiento de l...  
 ... pediente procurati...  
 ... de ese espíritu...  
 ... gumentación e ins...  
 ... va gratuito desseo...  
 ... ección para los...  
 ... únicos llamados, se...  
 ... bocente, lo mismo

2  
POR LA ESCUELA CUBANA EN CUBA LIBRE

sa, el notable bajo español Mardones, el tenor Angelo Pintuchi, la Villani; Sarah Bernhardt, en su ocaso de gloria; la Chelito, haciendo «Zazá», en un arreglo de Perucho González; las exquisitas noches italianas de Tina di Lorenzo, los rebricitantes de Mimi Aguglia, las de gran arte de Novelli, las del inimitable Vilches, con su «Eterno Don Juan»; las de la

Fawlova, que dijo hizo mil pesos líquidos en un mes; las de Borrás, las de Enriqueta Sierra, las del tenor mexicano Limori, las de Pubillonos y las de Santos y Artigas, desde el 17 de diciembre de 1916; las de los conciertos de Fleeta y de Bonci; las del insigne recitador Rafael Calvo; las de Emilio Thuiller, que debutó el 21 de octubre de 1902 con el drama de Echegaray «De Mala Raza»; y la del estreno de la ópera de Puccini «La Bohemia», para presenciar el cual, Saaverio invitaba a entrar de balde al público.

En ocasiones, espectadores, al presente, de las películas argentinas, españolas y mexicanas que allí se exhiben, casi no nos hemos dado cuenta de algunas, abstraídos en las añoranzas y recuerdos que despierta en nosotros aquella sala: el palco que ocupábamos con nuestra familia, todos con quince, veinte años menos; el proscenio, al que nos llamaban en noches de estreno, los carifiosos aplausos del público: es de lamentar que existan personas y entidades que, validas de su oro, contribuyendo al progreso, maten de paso esas inocentes felicidades del espíritu; para nosotros, uno de los Grandes del Arte, es el popular industrial tabacalero, Pepin Rodríguez, comprando y restaurando la casa de Julieta, en Verona, que Shakespeare immortalizó con su genio.

En sesenta y más años de vida, ya puede suponerse todo lo que ha sucedido, brillado y tenido lugar en el rojo coliseo, como le llamaban a Payret los pintorescos cronistas del tiempo viejo, refiriéndose al tono rojo que tienen los adornos de la sala del teatro, enmarcados en festones y caprichosos dibujos de oro.

Durante medio siglo duró el que pudiéramos llamar «duelo de artes», entre los dos grandes teatros habaneros, Tacón y Payret, rivalizando en ofrecernos las mejores compañías en todos los géneros, los más celebres y aplaudidos artistas, líricos y dramáticos, nacionales y extranjeros. Si uno traía a Coquelin, el otro presentaba a Novelli; si uno traía a Vico, el otro anunciaba a Thuiller, a Borrás. Si uno traía a la Vitallani, el otro nos deslumbraba con Tina di Lorenzo. Si uno, en su tiempo, presentó a Aramburo, el otro, en su oportunidad, nos asombró con Caruso.

Y allá va la nota trágica, pelicular, para que haya de todo. Cuando empezaron

las reuniones y conciliabulos secretos y tenebrosos para conspirar contra Machado, varios espíritus valientes se reunían, como los cristianos en las catacumbas de Roma, en los sótanos del teatro.

Cuando llegue, si llega, y se asegura que ha de llegar, el momento de ir echando abajo la mole de cantería, yeso y ladrillos que es el Teatro Payret, tened por seguro que, surgiendo de ella, de los enormes cantos partidos en dos, de las retorcidas y herrumbrosas vigas de hierro, de las potentes llaves y contrafuertes destrozados, de las herrumbrosas columnas hechas pedazos, de entre ese Niágara, en fin, de polvo, tierra, maderos y cascotes que se desprende y desata incontenible en los grandes derribos, habrán de oírse, como dolientes voces de espíritus despertados violentamente de su profundo sueño de años, sonoros versos, sueltos, de dramas españoles; frases lapidarias de las más aplaudidas comedias; rítmicos periodos de la armoniosa lengua del Dante; los trozos más escogidos de las sublimes y celestiales melodías de los maestros que hicieron del bell-canto el mayor y más grato consuelo de los hombres: el alma, inmortal como la otra, de tantos y tantos años de arte, que subirá a lo alto, buscando su eterno acomodo... radiante cielo de la Gloria...

Hablar del teatro del doctor Saaverio, punto por punto y detalle por detalle, sería el cuento de nunca acabar. El asunto merece ser tratado con reposo, y no al correr del lápiz, como lo hemos hecho en estas líneas; pero, vayan ahora por delante estos breves apuntes Sobre el Teatro Payret, que como decíamos, se dice, que ha pasado a otros dueños para ser reedificado en su oportunidad, «a toda máquina», enténdase, «a todo lujo y costo». El resabio periodístico, una vez más, nos mueve a adelantarnos a los acontecimientos, «y dar la noticia», aun corriendo el riesgo de caer en un fiasco o malogro, porque, como preguntaba el clásico: «¿Y si luego resulta que no hay cielo—es decir—rascacielo?» De todas maneras, y refiriéndonos a la contratación que acaba de verificarse, una de las más trascendentales de estos tiempos, digamos con el compadre Liborio: —¡Que sea para bien de Cuba... y del Teatro Cubano!

*M. J. J. J. 1942*